

Facultad de Derecho de la Universidad de Córdoba

RECEPCIÓN DEL ACADÉMICO HONORARIO
Dr. JOAQUÍN V. GONZÁLEZ

El acto académico en la Facultad de Derecho, resultó singularmente interesante. Parfraseando al doctor González podría decirse que el auditorio vivió una hora espiritual: tanto hablaron al alma el magistral discurso del académico honorario recibido y la bellísima oración del académico titular doctor Díaz. Comenzó ante una concurrencia particularmente selecta, con el discurso de éste en nombre de la Facultad, discurso lleno de concepciones felices y de oportunas advertencias, vaciado todo él en el molde del más puro clasicismo. La concurrencia expresó en todo momento la viva complacencia con que lo escuchaba y consagró al final el mérito de la obra con un aplauso significativo.

Siguióle el doctor González, culminante exteriorización de la mentalidad y de la profunda versación de su autor, sobre todo en materias de gobierno universitario y en la acción ejercida por estas casas de altos estudios en el progreso espiritual del país.

Terminado el discurso, al que epilogó un caluroso aplauso del auditorio, el decano de la Facultad de Derecho, doctor Juan Carlos Pitt, hizo entrega al rector de la Universidad, doctor Julio Deheza, en oportunos conceptos, el diploma de académico «honoris causa» que le confería aquella corporación al doctor González como á uno de sus hijos más eminentes y en gracia á los importantes servicios por él prestados á la causa de la cultura universitaria. El rector, por su parte, en breves frases, significó los merecimientos del doctor González, haciéndole entrega del diploma que lo acredita en el honorífico cargo.

Del doctor Santiago F. Díaz. — Señor Rector: Excmo. señor Gobernador: Señor Presidente de la Universidad de La Plata: Señores:

Los reglamentos de nuestra academia, no prescriben una solemnidad especial para la recepción de sus miembros honorarios, tal vez porque este alto título se discierne más bien como un homenaje al blasón que ya ostenta la personalidad consagrada por la ciencia y para quien parecería en cierto modo extraño, que un

discurso de recepción viniera recién á franquearle la puerta del jardín helénico en que Platón enseñaba cosas divinas. Hace tiempo, señor, que á la sombra apacible de sus plátanos, os paseáis habitualmente como un viejo maestro, deleitando las horas espirituales del auditorio con el variado matiz de vuestros talentos. Es, unas veces, con la prosa armoniosa en que habéis cantado á vuestras montañas. Otras, con la gracia que Esopo inspiró á las fábulas que nos contáis. Con vuestra elocuencia tranquila, descubris á cada paso, un ancho horizonte de ideas de educación y gobiernos, de «política espiritual», de «ideales y caracteres», hacia el cual la mente que piensa puede tender su vuelo. Sois legislador y maestro; habéis proclamado vuestro orgullo de universitario de Córdoba, y así la Academia de Derecho os consideraba ya ungi-do y os incorpora con efusión al cuerpo de los directores de esta Universidad, en cuyo claustro, cuando se va el diario concurso, parecénos sentir que vaga, bajo los arcos evocadores, como un eco profundo de los siglos, la tradición nacional que aquí también se ha formado, y que se nos impone al espíritu como un sacro conjuro.

Apresurémonos á decir, no obstante, que nunca podría ser el símbolo de nuestro ideal universitario, la pátina verdinegra, sugere-nte de melancolía, con que el tiempo decora los viejos monu-mentos ó las ruinas. Hay por encima de la existencia material de los seres y de las cosas, un vasto espíritu que les vincula en medio de su diversidad infinita, les penetra y les une, porque todo lo que existe es como una nota de la suprema armonía. Tal amarillento infolio os habla del viejo sabio que lo compuso y os muestra un eslabón de la ciencia. Ese viejo retrato, os despierta la memoria de un romance como creeríais acaso que el viejo clavicordio que yace en un rincón, os emite al pasar por la sala desierta, un vago son fugitivo. Esa voluta suelta, os habla de su columna, la colu-mna de su arco, el arco de la vasta galería del palacio rumo-roso de vida. La Universidad tiene asimismo sus ecos profundos que hablan al estadista, al maestro, al discípulo, al simple curioso que llega, de cosas más serias.

Desde luego, de la unidad de la ciencia, de la que la Universidad viene á ser el hogar perdurable, lleno de inmortales memorias. A lo largo del tiempo, aquí se va condensando, por decir así, la obra del esfuerzo humano casi constantemente contraído á buscar la felicidad, esa cosa azulada, vagarosa, fugitiva, que, pensadores, filósofos, poetas, inventores, han querido concretar en graves fór-mulas, en sonoros ritmos, en innumerables y extraordinarias trans-formaciones de la materia. Aquí se sienten llegar como en ondas los efluvios del eterno reflorcer de la ciencia. Aquí se siente y se palpa, á través del proceso de su transformación y de sus pro-gresos que el presente hunde sus raíces en el pasado y que los grandes muertos gobiernan las acciones de los vivos. Aquí se aprecia su sentido expansivo, profundamente humano, excluyente de todo sentimiento oscuro, de modo que cada sabio, cada grande hombre, pueda ser considerado como un agente de la eterna provi-dencia que preside el movimiento de la vida.

Después, la tradición nos habla de aquel espíritu clarividente que animó esta Universidad y en el bello simbolismo de su escudo, caracterizó el ideal del instituto. En la quietud de su colonia, frente al desierto y á la barbarie, para el bien espiritual de españoles é indios, como dice la escritura de fundación, levantó su cátedra de teología, es decir, de esa profunda disciplina que durante diez siglos, como observa Guizot, había dominado el espíritu humano, informando todas las cuestiones filosóficas, históricas y políticas de la época. Para el criterio superficial, aquello habría parecido un devaneo, un anacronismo extraño tal vez, una cosa sin sentido práctico como piensa el espíritu positivista del siglo, cuando no comprende los grandes ideales. Seguramente, aquellos hondos meditativos, que consumían sus horas en las elevaciones de la Summa, no salieron entonces á sembrar en los campos yermos, ni llenaron las ciudades con el rumor de sus industrias, pero así, en estos claustros, acostumbráronse á pensar en los problemas de la patria y cuando llegó la hora, los doctores de Córdoba concurren á constituir la con las instituciones más libres; para todos los hombres del globo, trazando al propio tiempo hondo surco en la historia moral y política de toda esta parte de América. El águila de su escudo, había llevado ya su nombre al corazón de las gentes. Y así, evocando ese pasado, que baña como en una serena luz de poniente la ciudad tranquila, de modo que en la calma de las tardes, podemos oír el lento son religioso que baja de las torres, donde revuelan palomas familiares; y si vais, señor, por alguna calle desviada, es fácil que encontreis todavía el viejo tapial con su trepadora florida; aquí, en la Universidad, siéntese que los altos ideales de su heráldica, eran ciencia, humanismo, nacionalidad, porque así lo soñó, hace tres siglos, el ilustre obispo americano, antes, mucho antes que estos grandes conceptos pudieran ser considerados como directrices de la acción universitaria, frente á los grandes problemas que plantea la creciente complejidad de la vida moderna.

Dicho queda, señores, que una tradición tan preclara nos marca serios deberes. Es preciso que el alma sabia, intensa, patriótica y humana de la Universidad penetre en el alma de sus educandos y que el espíritu colectivo afluya aquí como si fuera el corazón palpitante de la república. En otro tiempo, la Universidad creaba, moldeaba, pulía su tipo en prolijos y finos detalles de psicología íntima: la vida de claustro, el traje, el birrete, las consagraciones rituales, las fiestas simbólicas, las pruebas bajo místicas y puras advocaciones, ennoblecían el espíritu universitario en singulares ideales. La Universidad, instruía y educaba al propio tiempo. Olvidad las exageraciones del método y pensad en el sedimento de espiritualismo que dejaría aquella investigación pura de la ciencia. Filósofo, quiere decir amante de la sabiduría. Ella enseña el supremo destino; alumbrá la conciencia, da rectitud al juicio, abre el libro de la vida, la ennoblece, la idealiza bajo la sugestión del eterno misterio. Como ella, el que la profesa de corazón, tórname generoso, fuerte y humano; cordial y expansivo,

pregona y practica el ideal solidario que la inspira. Se difunde en buenas obras que embellecen la vida buscando suprimir las causas del dolor tras el anhelo eternamente soñado de la felicidad humana.

Pero para ello es preciso ensanchar el horizonte de nuestros estudios, de modo que las ciencias sociales, morales y políticas aplicadas á las circunstancias especiales de nuestro medio, concurrán á crear en esta casa un hogar amable y fuerte de patriotismo, así como esa gran democracia del norte funde su sentimiento nacionalista en el crisol de sus grandes institutos. El espíritu de fray Fernando, volaba más alto que la concepción casi materialista del puro profesionalismo universitario. La tradición de Córdoba y el progreso social de la época, nos exigen imperiosamente que la Universidad integre su cuerpo con las facultades de filosofía y letras y teología que el estatuto ha conservado como un recuerdo histórico. Córdoba es un centro intelectual del país y no puede carecer de ese elemento propulsor de su cultura artística y literaria. Es un centro geográfico, por aquí pasa la línea meridiana de la República y sin embargo su Observatorio no tiene relaciones con nuestra facultad de matemáticas donde podrían cultivarse intensivamente las ciencias astronómicas. Córdoba, ha sido siempre un centro comercial; millares de millares de hectáreas están destinadas á la agricultura; millares de millares de ganado pacen en sus campos y sin embargo las escuelas de comercio, de agricultura y ganadería viven aisladas del centro universitario que les daría entidad y cohesión científica. Se acerca, señores, la hora centenaria de este instituto y será preciso pensar en que el más grande tributo que podríamos rendir á la gigante memoria del fundador, sería llamada á su eternidad con el hondo rumor de nuestras labores en la Universidad reconstituída en aulas de ciencias, de letras, de artes, donde una juventud estudiosa, idealista, sencilla y fuerte, honrada y viril, esté penetrando las leyes de la naturaleza y de la vida, y que cuando el sol del centenario bañe en claridad celeste la estatua de fray Fernando, entone á su vera un himno vibrante de sentimiento patriótico, humano y solidario.

Señor Presidente de la Universidad de La Plata: después de la constitución de la República la obra social más grande es la de su cultura intelectual y moral. Vuestro nombre, ilustrará una página intensa de su historia. Cuando el tiempo haya lanzado la silenciosa, la implacable teoría de sus años sobre la obra de esta generación y algún historiador del futuro quiera buscar la base de vuestra Universidad, la encontrará firme, eterna, como una piedra miliaria, en la Memoria con que la fundasteis. Como en la construcción política ideal, en vuestra república universitaria, todo anhelo científico tiene su representación. Desde los misterios del mundo prehistórico hasta las grandes leyes que rigen el universo y la vida, todo se anima en vuestras aulas al calor de la investigación científica. Las letras decoran los espíritus con el fino matiz de la superior cultura. El estudio de las ciencias jurídicas, políticas y sociales en su concepto fundamental y en su desarrollo his-

tórico elevan al positivo conocimiento de la institución escrita. Vuestros métodos modernos de trabajo deben dar ópimos frutos. Del gabinete, surgen los sabios; de la exégesis de las bibliotecas surgen los pensadores que llenan de claridad y de armonías el mundo moral. La patria necesita, señor, altos institutos así, que formen hombres de ciencia, ciudadanos de acción inteligente y libre: institutos que difundan en cultura por todo el cuerpo social; que nadie quede sin recibir su luminoso influjo; que el asceta ó el filósofo, el pensador ó el político, el que ama lo bello ó el que analiza la naturaleza, encuentren allí la eterna fuente inspiradora. Yo sé que estos son vuestros ideales y me parece que no puedo deciros nada más grato á vuestro legítimo orgullo de fundador, que yo creo que mi grande obispo pensaba del mismo modo y que si él hubiera de juzgaros ahora, estaría satisfecho de vuestra obra.

Del doctor Joaquín V. González. — Señor Rector: Excmo. señor Gobernador: Señor Decano: Señores: Pocos acontecimientos de la vida tendrán sobre mi espíritu una influencia y habrán de dejar en él una impresión más honda que el de este día. El temperamento afectivo y las ideas relativas á la vinculación entre las universidades y sus alumnos, que han sido y son las modalidades dominantes de mi carácter privado y de mi tarea docente, dan á este acto una singular significación. En ninguna etapa superior de las que he recorrido como hombre público, ó en libre carrera de ascensión personal, he sentido desvanecerse el recuerdo, el perfume antiguo de hogar solariego, que me inocularon en el alma los años pasados en estos venerandos claustros; y en todos ellos, en todas las situaciones y conflictos, algunos en los cuales he llevado sobre las espaldas pesos superiores á mis fuerzas, la idea del honor del «alma mater» ha surgido en mi mente para reanudar el hilo de la vida, unir el pasado al presente, y fortalecer las fuentes de la energía, que tantas veces, ante la indiferencia ó el frío hostil de los contemporáneos, suelen parecer como extenuadas ó amenazan con cegarse para siempre.

Si esta supervivencia de su acción en el porvenir se realizase en todos ó en un buen núcleo de sus estudiantes, habría conseguido para sí misma y para los más altos ideales educativos de la nación, un triunfo digno de ser universalmente difundido. Es el insuperable prestigio de su secular abolengo; es la invisible confianza de las generaciones de maestros y alumnos que pasaron por debajo de estas bóvedas, cuyos macizos, consolidados por el tiempo como piedras, parecen moverse, con palpitaciones de vida ante el rumor creciente de las nuevas oleadas juveniles, semejantes á los bloques caídos de aquella constelación de mármol del acrópolis, que la gloriosa Athenaia presidía, y que el historiador creía ver vacilar en su yacente abandono, por la virtud de la sangre inmortal que circula por sus venas ciclópeas.

Pronto resonará sobre estos graves muros la campana anunciadora del tercer siglo de su historia viviente, con el mismo eco

vibrador que hemos escuchado todos sus hijos en nuestra edad de inquietudes y de ensueños: y dos épocas revivirán á su llamamiento, para confundirse, para reconstruirse en espíritu, para restablecer la unidad psicológica de una raza, y para mostrar á la patria los cimientos seculares de su hogar, que las vicisitudes de la guerra emancipadora pudieron cubrir de cenizas, pero no destruir, para que reapareciesen un día á reanimar en las conciencias la fe en el porvenir por la hondura de los cimientos en el pasado. Ningún cambio, ningún progreso, ninguna fundación podrán jamás despojarla de esta aristocrática ejecutoria, que la convierte en una arca santa de tradiciones íntimas de la familia argentina, para ser transmitidas á los recién venidos de todos los años, con el secreto de la antigüedad sobre la cual la patria nuestra puede levantar su edificio eterno.

Ese es el misterio de su fuerza y de su prestigio indestructibles, y el que la hará expandirse y arraigar cada día más, en medio de la precipitada corriente de las ideas, las formas y las evoluciones del mundo universitario actual. Y si ha de marcarse esta era nueva por la diferenciación regional ó técnica de los institutos de altos estudios, para corresponder ó armonizar con los múltiples aspectos de la mundial civilización; la cultura del espíritu humano, y la expansión de la propia personalidad nacional, quedará nuestra vieja Universidad como la guardadora augusta del fuego originario, custodia del legado fundamental del patrimonio primitivo, y maestra y sacerdotiza de los cultos ancestrales, y de la mística levadura generatriz de todas las transformaciones.

Sobre la base inmovible de la tradición, que es piedra angular de toda patria duradera, cada nueva generación levantará su propia fábrica y representará sus propios anhelos ó potencias; y si la de Buenos Aires, — edificada sobre las angulares de Carlos III, á través de Vieytes, renovada bajo Rivadavia y mutilada por la tiranía para resurgir robusta al despertar de la República, — se extiende, crece y ensancha su sombra como el «Olivo fértil» de la Biblia, hasta ser exponente esplendoroso del progreso colectivo de la nación; si la de La Plata acentúa cada día caracteres inconfundibles y tipo propio de lo que en el lenguaje corriente se domina una «Universidad moderna», por su espíritu y la singular combinación, coordinación, métodos y tendencias de todo su plan de enseñanzas; y aunque aparezcan otras de índoles y fisonomías diversas dentro de otras vastas regiones de la tierra patria, todas tendrán que volver la mirada y realizar una respetuosa peregrinación ideal á esta benemérita casa, en la cual habrán de venir á llevar la brasa del hogar antiguo para encender el fuego de los hogares nuevos; y éstos á su vez refluirán hacia ella los beneficios de sus riquezas y conquistas.

Desde que he podido comprender en su conjunto el problema universitario argentino, tal como yo lo veo, la idea de la diferenciación se ahonda más en mi espíritu; y más aun después de la magnífica experiencia inglesa de las creaciones de 1904, que también definieran Rosebery y Balfour en su hora, y que acaban de

confirmar los sabios de la Asociación Británica en su reciente sesión de Birmingham; y cuando he visto que la Gran Bretaña, esa gloriosa conquistadora y civilizadora de razas y naciones, emprende la magna obra de la unificación imperial, no ya por los cañones de sus buques, sino por las cátedras de sus universidades, y así equilibra el clásico y el moderno espíritu elevando un brillante núcleo de ellos en torno de Oxford y Cambridge, y una nacionalista al lado de las locales de Belfast y Dublín en Irlanda, imprime impulso superior á su nueva «Commonweath» del Pacífico, con una Universidad en cada uno de los seis Estados australianos y en la disidente Nueva Zelanda; así como presta atención preferente y dota con magnificencia la Universidad del Cabo de Buena Esperanza, que deberá presidir é incubar la fusión de tantas comunidades diversas unificadas por la fuerza política, pero aun necesitadas de una íntima cohesión social; y como planta una en Malta, en la propia isla consagrada por la antigua caballería y otra en el corazón del lejano Oriente en el Hong-Kong chino, y anglicaniza, por su diplomacia generosa, las florecientes universidades japonesas de Tokio y Kioto; y se apresura á prevenir la germinación separatista del continente brahmánico por la fundación estratégica de las universidades de Bombay, Calcuta, Madrás, Lahore y Allahabad; y al mismo tiempo que fomenta ó inicia el establecimiento de una en cada posesión importante de su vasto dominio marítimo, amplia, ilimitada y confiada, presencia la espléndida floración universitaria de su continente septentrional americano, y ofrece, por fin, al mundo civilizado el espectáculo sin ejemplo del primer congreso de las 53 universidades de todo su Imperio, en el cual se han sancionado reglas de solidaridad, convivencia, cooperación y ayuda recíproca entre todas ellas, á pesar de sus diferencias, como para indicar el camino de las verdaderas soluciones patrióticas á las nuestras que fundidas en un solo molde, como monedas del mismo cuño, todavía se estorban unas á otras con restricciones, desconfianzas y rivalidades regresivas y aldeanas, como si fuesen de países distintos y no tuviesen por misión conjunta instruir, educar y adiestrar para el más difícil de los gobiernos al más rebelde de los pueblos.

Sí; cada universidad argentina existente, y las que se creasen en adelante, pueden adoptar los tipos diferenciales, más acentuados, según su medio social ó su región territorial; pero hay dos lazos indisolubles que las ligarán á un común destino y á una acción concurrente con ó sin la voluntad de sus propios legisladores: los caracteres comunes de todas las ciencias y artes que constituyen el capital intelectual del género humano, y la necesidad de circunscribir su función dentro de los límites del mismo territorio nacional y del alma colectiva de un solo pueblo.

Lo que no es permitido ya dudar es de la fuerza transformadora de la universidad, sobre los caracteres geniales ó históricos de las sociedades humanas: y si la Gran Bretaña ha emprendido la más formidable tarea política de asimilación y cohesión nacional por esa fuerza, no podemos vacilar nosotros en emplearla para

remodelar nuestro pasado, disciplinar nuestro presente y orientar nuestro futuro, tanto más cuanto más accesible es á esa labor el genio de nuestro pueblo, inteligente é impresionable, dócil á la influencia de la belleza y del saber, como amante de la libertad, fácil á las tentaciones del despotismo y débil á las insinuaciones del desorden y la anarquía: «rerum movarum apertes» — describió á un pueblo de nuestra raza el profundo historiador latino, y la marea de las «cosas nuevas» llegada con estrépito á bañar nuestras costas desde la lejana y pletórica Europa, nos pone ya, desde hace algún tiempo, en graves conflictos y perplejidades cotidianas.

Desde que he podido darme cuenta de los problemas nacionales más intensos y permanentes, he pensado que las universidades argentinas tienen una misión suprema, y esta universidad materna de Córdoba, una particular en la cual sería irremplazable. Su antigüedad, su espíritu tradicional, su ambiente y color doméstico, la dulzura y atractivos de su ciudad y su valle y su situación céntrica en el país como la del corazón en el cuerpo, hacen de ella un foco de calor y de cultivo de la célula originaria y generadora del sentimiento y las virtudes de la raza y la cultura maternas, con que nació y se impuso la patria en el escenario del mundo; y si á sus actuales estudios y ramificaciones, ya robustas y florecientes, agrégase un mayor caudal de ciencias fundamentales de la naturaleza y de la vida; y erigiese sobre ellos nuevos organismos ó núcleos de estudios, de carácter filosófico, literario ó artístico, y diese especial cuidado al cultivo de la historia patria en su doble aspecto constructivo y narrativo, no tardarían sus claustros y sus aulas en convertirse en un seno fecundante y en una fuente copiosa de las más puras virtudes colectivas, de las más hondas influencias educadoras y de las más altas soluciones patrióticas.

Eso es lo que he soñado poder ver realizado algún día, con el concurso de todos, cuando el espejismo falaz de las pueriles rivalidades, y las mezquindades sistemáticas de unas finanzas antojadizas, desordenadas é incoherentes, cedan el campo á los ideales y á las cooperaciones fecundas, y á los estímulos de fuerzas reproductivas del suelo ó de las mentes, origen único de toda finanza inagotable y prolífica. Y cuando en mis meditaciones de estudio, de docente ó de gobernante, me he preguntado de qué modo podría devolver mejor á este amado hogar de mi inteligencia, las enseñanzas de la juventud, he afirmado mi decisión de trabajar sin descanso para que el día de la reconstrucción se acerque, y para que completemos todos unidos sus hijos, su organismo, hoy deficiente, erigiendo los cuerpos de fábrica que han de integrar un ciclo más vasto de enseñanzas y de investigaciones y por cuya ausencia á las veces se interpreta su silencio como indicativo de inercia ó de abandono. Le bastaría remover la quietud de sus archivos seculares, para hacer resucitar un mundo de cosas reveladoras de la vida palpitante de otros tiempos y generaciones; cuando en medio de las teóricas y abstractas nociones de las ciencias de la época, vibraba una cuerda vigorosa que había de despertar muchos acordes adormecidos en el seno del pueblo informe

de la colonia: la filosofía dogmática vivificada por el soplo cálido é inextinguible del viejo espíritu latino, transmitido por historiadores, filósofos y poetas del paganismo luminoso del tiempo de oro; y de pronto un Morelli, que introduce en el método consagrado del derecho natural y de gentes, el precioso elemento experimental que acaso ningún maestro hubiera empleado antes que él, de las costumbres sociales y jurídica de los pueblos indígenas de América, lo que da á su libro de «*Ridimenta juris naturalis et gentium*» todos los caracteres de un precursor del método positivo experimental de la época moderna. Culpa no es de ella, de la ilustre Universidad materna, si sus primeros historiadores ignoraron ó callaron sus secretos más valiosos, y si creyeron que con no contarlos habían de no existir sus méritos; y la pena injusta la hemos sufrido todos, al deber admitir postulados vulgares sobre la educación de aquella época, cuando yacían ocultos en sus estanterías invioladas, las pruebas luminosas de una viva acción intelectual y científica sobre los tiempos inmediatos.

Hombres de ilustre familias del interior y del litoral, y de los hermanos países vecinos, vinieron á beber en sus aulas, de labios de famosos maestros, las mejores enseñanzas accesibles en estas regiones, y ellos las condujeron á la lejana aldea, á la hacienda solitaria, ó á la finca señorial del ignorado terruño de la montaña ó del llano, desde los cuales habían de surgir más tarde los tribunos, los legisladores, los predicadores, los periodistas, los generales, los grandes ciudadanos, los mártires de la guerra grande y de las sangrientas guerra fratricidas, en las cuales ninguno ó muy pocos fallaron, de aquellos que habían oído en la clase vibrar una sentencia de Tácito contra sus tiranos de Roma, ó visto quemar las carnes con el látigo de fuego de Juvenal, ó gustado el sabor de vino griego de los versos de Horacio, ó percibido el rumor de olas de los Hexámetros de Virgilio. ¡Oh, esas cosas no se olvidan, esas impresiones juveniles no se borran y su arrullo divino acompañó hasta á los desvanecidos recuerdos de los bisabuelos en las haciendas solitarias de la montaña andina, en cuyas alcobas nacían los nuevos ciudadanos argentinos entre viejos estantes repletos de añejos infolios, cubiertos de polvo y henchidos de sabiduría!

Pero, señores, he olvidado el carácter semi-protocolar de esta ceremonia, y me he dejado andar sin medida por campos sin límites: la causa está en ella misma, por las sugerencias que encierra y por las que despierta en mi alma, en un momento como este, en el cual veo colmada una de mis satisfacciones más íntimas, la de ver caer sobre mi cabeza, á manera de bendición paternal, — que es recompensa y estímulo, — la hoja del laurel simbólico, después de una larga y agitada carrera, durante la cual si no he ganado para mi patria nuevas provincias ó ensanchado sus mares, creo haber contribuído á acrecentar el patrimonio intelectual y moral, con que ella se mantiene en el concierto de las naciones civilizadas, en sitio avanzado y con más altas promesas todavía; creo haber difundido el espíritu que sus severas aulas y muchos de sus maestros infundieron en mi conciencia en más dilatado es-

pacio, escribiendo libros de diversas ciencias y letras, multiplicando escuelas, colegios y universidades como floraciones de esas primeras semillas, enseñando con mi propia palabra y acción los principios de la ciencia y de la vida que ellos me enseñaron á investigar y á descubrir, y llevando á las esferas del gobierno y de la vida pública la sana intención del bien y de un sereno patriotismo, que tiene de lo antiguo el religioso respeto por los mayores, y de lo nuevo, el ardiente impulso de concurrir á la mayor grandeza de la tierra común y á su mejor tipo de cultura y selección.

«Ut potet nomen meum coram gentibus», — es el mandato heráldico de nuestra caballería intelectual; y señores académicos, cuanda recibo de vuestras manos la palma que me declara y consagra uno de los vuestros, debo creer que mi cruzada por el mundo ha sido digna de tan noble orden, y por eso me invitáis á beber en el mismo Santo Graal de la común dedicación y culto, de ideales idénticos. Presido una Universidad nueva, nacida de larga evolución, de sentimientos y principios cuya senda comenzó para mí bajo estas aulas, y como ella es hija de esta noble madre, y yo su conductor de la primera hora, puede ella estar segura de que, al emprender las vías nuevas que la nueva vida y orientaciones de la ciencia y el pensamiento contemporáneos le señalan, en ningún caso prescindirá del doble signo que marca el principio y el objetivo de su misión — el culto acendrado del sentimiento de la patria y de la raza, que es origen de toda humana solidaridad — y el progreso ilimitado de la ciencia, por el trabajo incesante de la investigación de sus maestros y discípulos.

Así entiende la Universidad que presido, y así entiendo yo, discípulo adicto de esta Universidad de San Carlos, tres veces secular, el mandato heráldico de su escudo, que es de cada uno de sus caballeros: de llevar su nombre y difundir su alma entre todas las gentes, para su perpetua prosperidad y lustre imperecedero, desde esta noble sede de Córdoba, cuya sociedad é ilustrada clase directiva le ha prestado en todo tiempo, para honor de la república, el beneficio de sus luces conductoras.

Al recibir de vuestra benevolencia, realizado por el prestigio secular y con la cálida efusión de mi reconocimiento, el título de honorario de la ilustre Academia, que tanto ha contribuido á cimentar la conciencia y el sentimiento de justicia en nuestra patria, hago los más intensos votos y augurios por el engrandecimiento creciente de la Universidad toda, por el mayor brillo y prestigio de la escuela de Derecho y Ciencias Sociales, y por la felicidad y honra de su Rector, maestros y alumnos, mis compañeros.